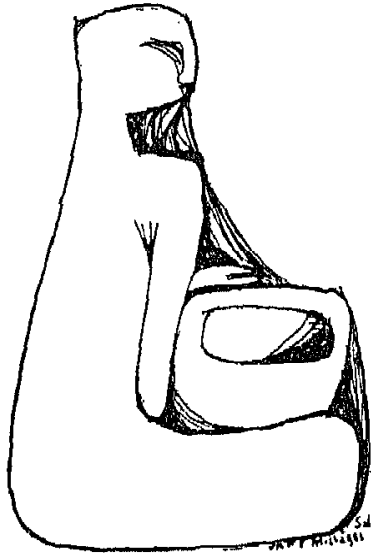


# TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;  
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

## LA DEL ALBA

*Una playa desierta, poco antes de la primera luz del alba. Grandes árboles de oscuro ramaje ocupan el primer término y en el fondo, entre los escollos, medio enterrados en la arena, distínguese confusamente los restos de un naufragio: maderos, piezas de hierro retorcidas y el vago contorno de algunos cadáveres, todo a la luz indecisa y temblorosa de las estrellas.*

*De entre los despojos, viniendo de la ribera, surge un hombre lívido, barba y cabellos mojados por la ola, vestidos desgarrados, que avansa lentamente hacia los árboles casi arrastrándose. Es el único que sobrevivió a la catástrofe. Jadea al hablar con acento fatigado.*

No puedo más. No puedo más. ¡Misericordia, Señor! Me declaro vencido. (*Se detiene vacilante; después continúa con voz enronquecida, monótona.*) La lucha cruel con el agua rindió mis fuerzas de hombre. ¿Qué resta en mí del hombre? La palabra, la boca abierta para el sollozo, para el grito de dolor y de espanto. Paréceme que sólo vivo para aullar mi queja, para gritarla inútilmente al pavoroso silencio de esta playa desconocida, a la inmovible tiniebla de la noche.

Todo lo demás pereció; caen mis brazos, dóblanse mis piernas y por las heridas que en la carne ha abierto el diente aguzado de las rocas y las uñas de los maderos convertidos en astillas, mi sangre corre mezclada con el agua amarga del abismo. No puedo más. Me siento cobarde como un niño que desfallece y llora perdido en el seno de la noche, ahuyentando los fantasmas de la sombra y del silencio con su aullido de horror.

*(Avanza, con las manos levantadas al cielo, agitándolas como si realmente ahuyentase los fantasmas.)*

¡Oh, yo necesito gritar mi pena, mi lucha y mi vencimiento a lo invisible que se agita en mi alrededor, conmoverlo y quebrantarlo antes de que me vuelva loco! ¡Contigo hablo, a ti llamo, invisible que me rodeas y desde cuyo seno me acechan las hórridas pupilas de mis compañeros de viaje! Ya aquí *(golpeando el pecho)* no queda llama de orgullo, ni de valor... todo eso extinguióse cuando caí en el mar. ¿Para qué fingir si el invisible me penetra? Nada queda del héroe, nada... vuelvo a la infancia... Un niño soy que busca el apoyo de la madre... ¡Madre mía! *(Los brazos extendidos y avanzando.)* Tú también estarás cerca, tú tendrás también lástima de tu hijo y no gritarás como esos otros fantasmas... «¡Vuelve al mar, vuelve a la lucha!».

¿Volver a la lucha? ¿Allí? *(En dirección al mar.)* Es imposible. Tú sabes, madre mía, que eso es imposible... Aun cuando lo exijan deber, honor... todas esas palabras más frías que la caricia del agua, más intangibles que la tiniebla. Al pensar, sólo al pensar que he de sumergirme de nuevo en el abismo helado y resonante, ríndese mi alma sintiendo el horror sagrado de la soledad y de la noche, un horror sobrehumano que eriza mis cabellos, aplasta mis entrañas y agarrota mis miembros miserables. Eso es imposible... Tú lo sabes, madre, tú lo sabes. No se puede exigir tanto de un pobre hombre. Tengo ganado el derecho a dormir, a descansar sobre la tierra al fin alcanzada. Defiéndeme, madre; yo no quiero volver a la lucha, al mar, al horrendo sitio del naufragio. *(Huyendo de la playa se ha acercado a los árboles: está bajo sus ramas, tocando sus troncos enormes.)* Descansaremos un poco... Después veremos... mañana... otro día... Tomaré al fin una resolución de hombres; pero más tarde... después que hablemos... Tenemos mucho que hablar... Nunca, ni de niño cuando dormía en tus brazos, me encontré tan cerca de ti, madre mía. Yo quiero hablar contigo... *(inclinándose a la tierra, arrodillándose, tumbándose sobre ella)* aquí a tu oído, sobre tu regazo. ¡Aquí donde no me alcance la bofetada de la brisa ni el lamento desesperado

de la resaca! (*Incorporándose.*) ¡Oh! ¡Esa voz, esa voz que no calla! (*Otra vez se recuesta al pie de los árboles.*) Bueno, te obedezco... aquí me tienes a ti aferrado, madre, tierra, que una sola cosa me pareces. Ya estoy tranquilo... sólo me amedrenta esa voz, la del mar contando el naufragio... ¡No! Él no te dirá la verdad, yo te la contaré toda, tierra mía, madre mía, invisible sagrado que me rodeas y me acaricias y me penetras. ¡Yo te lo diré todo, todo, todo! (*Está sentado, acariciando la tierra con sus manos; su voz cambia: es dulce, tranquila, casi alegre como si hubiese tomado un timbre infantil.*)

Mira... parece mentira, mira, navegábamos tan tranquilos. La tarde era apacible, adorablemente pura y luminosa... ¿Cómo pudo suceder aquello? ...Cielo y mar parecían recién creados, extendíanse inmaculados, sinceros, inocentes, como si aún palpitasen con la última caricia del Supremo Artista, orgulloso de su obra. Una sonrisa inmensa, palpitante, se dilataba por todas partes y el ansia de vivir henchía nuestras entrañas... Desde el mediodía, el capitán nos había prometido, para la caída de la tarde, la visión de la tierra, y todos los viajeros teníamos el alma en los ojos con el ansia delirante de divisar la nubecilla azul que en el horizonte traza el contorno de la lejana costa. Era una tierra desconocida para casi todos nosotros: las Canarias, unos islotes donde aún palpita la cólera del volcán que los empujó desde el fondo y los hizo un día romper el haz de las aguas y surgir coronados de espumas blancas, de arenas doradas y de bosques de esmeraldas. Yo no la conocía; pero la aguardaba impaciente, conmovido, sintiendo de antemano la alegría lacrimosa de contemplar otra vez la vieja bandera, la que allá, en la otra tierra, arriaron a nuestros ojos, de nuevo ondeando sobre algún ruinoso castillo, símbolo, hasta en sus ruinas, de nuestra pasada grandeza. Era una idea fija, tenaz, que me atormentó todo el día y como a mí a los pobres soldados, a los tristes vencidos que regresaban a la patria. ¡Hacia tanto tiempo que navegábamos con el ansia de saludar la tierra prometida, de respirar el hálito vivificante de los campos, de dormir a la sombra protectora de las torres! ¡Era un anhelo inmenso de hojas verdes de olientes flores, de ocultos senderos rumorosos, de agua luminosa y fresca!

De pronto una voz dijo: «¡Allí!» y todos seguimos con la mirada la dirección de la mano temblorosa, extendida hacia el Oriente. (*Incorporándose poco a poco, fascinado por la visión que evoca.*)

¡Eras tú, madre, la tierra soñada que ahora acaricio con mis manos... Eras tú como un tenue vapor, como humo azulado que a lo lejos señala la casa paterna, cerniéndose sobre las tejas, deshaciéndose en el cielo en horas de la tarde. Todos lo pensamos así y todos sentimos lágrimas en los ojos. Parecía que después de largos años de ausencia en que derrochamos a manos llenas nuestro tesoro de gloria, riqueza y vida, tornábamos a la casa patriarcal por el viejo camino tantas veces recorrido en la niñez, reconociendo a cada paso un detalle olvidado, saludando como viejos amigos piedras y troncos, hasta que de repente, a una vuelta del sendero, nos deteníamos de golpe conmovidos por la visión de las blancas tapias, del tejado rojo, de la chimenea humeante, de la cruz de la portada, asomando todo por entre el verde follaje y destacándose sobre la diafanidad de un crepúsculo tan puro que a través de sus velos parecía entreverse el abismo y comprenderse el misterio del firmamento!

¡Eras tú, madre, patria, tierra, días de la infancia, sueños de la juventud, gloria del pasado, herencia de nuestros mayores, todo lo que nos dieron y todo lo que derrochamos locamente, surgiendo con aquella nubecilla azulada del seno del mar en la lejanía luminosa del horizonte!

¡Oh, y cómo te reconocimos todos en aquel punto, hasta los más rudos e insensibles! ¡Todos te comprendimos, porque para todos significabas algo, para todos eras algo! Hasta el buque parecía conocerte y saber tu presencia, según volaba a tu encuentro. Todos sentíamos, como el de nuestros corazones dentro del pecho, el golpe apresurado de la hélice bajo del agua, abriendo en su seno un surco persistente de espumas. Era la huella de nuestros pasos, el camino que dejábamos atrás y por donde nunca habríamos de volver. Delante se extendía la inmensa llanura no hollada aún, ancha y fácil como un porvenir tentador, camino abierto hasta la tierra. Y el buque iba por él, adelante, atraído por ti confiadamente, como si ansia-

se al par de nosotros verte de cerca, seguir la línea ondulante de tus costas, percibir el rumor con que te besan las olas y los perfumes que la brisa roba al erizar la cabellera de tus bosques. Iba en tu busca, respirando fragorosamente, escupiendo espumas, trepidante y ansioso, terriblemente atrevido y bello... Y de pronto, en el momento preciso en que creíamos distinguir las manchas blancas de los caseríos tendidos en las lomas como rebafios, sentimos un crujido horrible, un ruido inolvidable y siniestro de osamenta colosal descoyuntada. Y el vapor se detuvo jadeante y tembloroso como un caballo que se para, desencajado y trémulo, ante el pavor de un abismo.

¡Oh, el clamor desesperado de la sirena, las roncadas voces de mando, el grito enloquecedor de las mujeres, los puños crispados y las caras lívidas, descompuestas por el horror supremo que se alzaban hacia el firmamento sereno de la tarde! ¡Después la catástrofe, rápida y lúgubre entre la creciente sombra... el vapor que se hunde, la caldera que revienta con estampido de cañonazo, el agua que sube, y hiela, y mata... y todo en medio de la majestad indiferente del mar y de los cielos, rodeado de la radiante apoteosis de aquel crepúsculo triunfal (*Se ha separado de los árboles, y avanza al proscenio.*)

Yo luché, luché por la vida miserable, defendiéndome como una fiera contra el abrazo desesperado de los moribundos, contra la salvaje acometida de las olas. ¡Ninguno tuvo lástima..! Salvé la vida, único entre mil; pero mi fortuna allí quedó, en el fondo del abismo resonante; la herencia de mis padres, el tesoro que ellos para mí ganaron, regado con el sudor y la sangre de las generaciones... Tres veces he bajado a la playa, a esa costa de horror, sembrada de restos informes, de agudos peñascos que ensangrientan mis pies, de cadáveres que ríen en la tiniebla con sus caras espantosas vueltas hacia la radiante serenidad de las estrellas. Todo fue inútil, el mar lo guarda todo, sepulcro indiferente e infinito. (*Silencio largo.*)

Siento que voy a volverme loco... el silencio, la noche, la soledad, el frío, la muerte, todos los horrores de la realidad y del ensueño me circundan y me estrechan. Soy un cobarde, soy un vencido. Inútilmente me salvaste, tierra. ¿Qué hacer? ¿Esperar hasta la luz del día y bajar de

nuevo hasta la playa para buscar de nuevo entre los muertos? ¿Para qué? El tesoro debe estar en el fondo, descansando junto a los cimientos del escollo maldito. ¡Pesaba demasiado! ¡Cuántas veces me complací en levantarlo entre mis brazos, estremecido de orgullo y de alegría! Era un gran tesoro amasado con lágrimas y sangre, ¡el legado gigantesco de mis ascendientes, la heroica labor de los siglos! Ella me permitía vivir sin la dura sujeción del trabajo, ella me aseguraba la existencia fácil, espléndida, de los poderosos, el lustre de mi casa, el orgullo de mis recuerdos de gloria. De ella despojado por la catástrofe inmensa, nada soy ni nada valgo. ¿Volver a la lucha, al trabajo, acumular otra fortuna con el esfuerzo de mis brazos? No puede ser. Me siento viejo, rendido, miserable, me abruma el cansancio infinito de vivir. ¡Cúmplase la maldición que pesa sobre mi raza! Nada soy ya y a la nada debo volver. (*Dirigiéndose al fondo destacándose fuerte y enérgico sobre el mar que lentamente se ilumina.*)

¡Eterno criminal, ciego ejecutor del destino implacable, a ti me acojo, a ti vuelo, ansioso del descanso, del sueño infinito que apetezco, bajo tu manto espléndido que se despliega de uno a otro horizonte como un sudario inmenso de raso azul! ¡Cómo ríe, cómo canta, cómo palpita al recibir las primeras caricias de la luz! Las olas llegan desde lejos, se tienden en la arena y luego se retiran con lentitud pesarosa, con el movimiento rítmico de una mano que llama y atrae... (*De frente al mar, con los brazos cruzados sobre el pecho, hosco y sombrío.*)

¡Morir, sí, he resuelto morir! La eterna inmovilidad, el reposo sin entresueños me atrae y me fascina. Pero morir abrazado por él, en la tiniebla fría y lóbrega, sentir en mi boca la amargura de la onda, sufrir la horrenda agonía de la asfixia, descender al precipicio rápidamente con los brazos abiertos y voltear luego, cada vez con más lentitud, durante leguas y leguas, un viaje sin fin entre el pavor del agua helada y densa y los vagos contornos de seres viscosos que acechan mi caída con ojos inexpresivos, hórridamente abiertos... No; quiero morir en tierra, con ella abrazado, reposar en un hoyo muy



profundo, que abra la mano misericordiosa de un caminante.

¡Un arma! ¡Destino, providencia, eterna fuerza, Dios si así quieres llamarte, accede al último ruego que te dirige el que va a morir..! ¡Allí! (*señalando a la playa*)... lo que yo no tengo, ellos, los muertos, lo tendrán. (*Está en la playa inclinado al suelo buscando entre los restos del naufragio. Sus palabras se oyen confusamente.*)

Éste nada... Tampoco éste... (*Con acento conmovido.*) ¡Un niño..! parece dormir... Un soldado... éste tal vez... nada... un escapulario al cuello, papeles, cartas de la madre quizás... ¡Nada, nada! El mar lo traga todo... (*Retrocede y sus ojos descubren saliendo de la arena un palo como el mango de un arma.*) ¡Oh, allí! ¿Cómo pudo venir tan lejos de la costa? (*Con ambas manos pugna por arrancarlo aunque inútilmente.*) ¡Oh, resiste! Está profundamente enterrado en la arena... es un arma no hay duda. (*Escarbando en la arena.*) Siento el hierro bajo la tierra a ella agarrado... Parece un hacha... (*separándose y contemplando el objeto.*) ¿Un hacha? Ya te encontré, solución de mi agonía, llave de mi eterno reposo. Es un hacha, un hacha... ¡Un golpe aquí (*sobre la frente*) con mano firme y acaba mi negra angustia! (*Vuelve de nuevo a intentar separarla del suelo.*) ¡Oh, cómo se agarra a la tierra... el mango solo sobresale como una cruz rota! (*De rodillas junto a ella.*) Siento impulsos de acariciarte, de besarte, mis manos y mis labios llegan a ti conmovidos, temblorosos... ¡Ven a mí..! ¿Quién fue tu dueño? ¿Para qué obra útil fuiste creada? ¿Cuál es tu historia? Tal vez labraste las maderas del techo que protegió una familia... tal vez rompiste el leño que había de arder alegremente en el hogar... quizás abriste paso al viajero a través del bosque inexplorado... ¿Quién sabe? El obrero que te forjó, tal vez cantaba al ablandar el hierro, cantaba acariciándote con el golpe de su martillo sonoro... cantaba sin pensar que un día sirvieras de instrumento de muerte. (*Tirando de él con gran fuerza.*) ¡Oh, sirves, sirves..! ¡Al fin cedés..! A mí llegas... ¡Oh, tu destino era más noble: romper la bóveda bajo la cual mi pensamiento gime prisionero de la vida, apagar el fuego chisporroteante de mis

dolores, abrirme paso en mi último viaje rompiendo la tiniebla de lo desconocido adonde voy... ¡Al fin eres mía, arma de muerte! *(La contempla con asombro al arrancarla mirándola de cerca sin poder entender la realidad... Al fin continúa en voz baja.)*

¿Qué es esto..? ¿Quién eres..? ¡No es un hacha, no es un hacha..! ¡No eres el arma de sangre y muerte dispensadora del reposo, precursora de la eterna noche! *(Después de contemplarla en silencio.)* ¡Es una azada..! ¡Una azada..! *(Vuelve a contemplarla a la luz de la aurora.)*

¿Qué es esto? ¿Quién te puso en camino, símbolo de la lucha, mano de hierro con que el hombre acaricia la tierra, a la eterna y fecunda madre para engendrar en ella el pan de las generaciones? ¡Buscar el hacha y encontrar la azada, buscar la muerte y hallar la vida! *(Tomándola en la diestra con súbito arranque.)* ¡Tú... no eres hierro de muerte! Tú acudiste a mi voz. ¿Quién te trajo, quién te puso en mi camino? ¡Oh, no fue el acaso, no fue el olvido del pobre labrador que se deja su arma abandonada en el campo, no fue la cólera del mar la que te arrojó a la playa! Alguien te trajo, sabiendo de antemano que yo había de buscarte y encontrarte... ¡Y te encontré!

No me esperaste vanamente. Nos encontramos por fin, yo el naufrago arrojado por la catástrofe a la playa, tú, la ofrenda sacrosanta con que me brinda, al huir ante la luz, el invisible providencial.

Yo he acariciado en mi angustia, creyéndote arma de muerte, con mis manos crispadas, con mis labios secos, tu mango pulido por la mano callosa del viejo obrero, del humilde campesino doblado al suelo en contemplación extática de la madre tierra. De nuevo quiero contemplarte, besarte y adorarte de rodillas, enclavada en tierra, recibiendo en tu hierro el primer rayo del sol. *(La enclava en tierra y se postra ante ella.)* ¡Salve arma del trabajo, brilla a la luz del día, yo te beso en esta hora sagrada del amanecer, cada día repetida, en que la tierra saliendo de las sombras, parece brotar de nuevo de las manos del creador!

Ven ahora a mis brazos, consuelo del humillado, esperanza del vencido, cruz redentora, emblema de la vida

y de la fuerza. A ti me abrazo y beso tu hierro poderoso, creador del surco, dispensador de la felicidad y de la alegría. (*El sol ilumina la escena.*)

¡Adiós, sombras de la noche, abismo de muerte, tristes viajeros caídos en mitad del camino! El sol brilla, el día comienza, el camino se abre ancho, inmenso, luminoso y se pierde allá abajo, en el seno de la tierra, de la eterna madre dispuesta a la fecundación de nueva vida!

¡Ven conmigo, siempre conmigo a la luz, a la redención, al trabajo!

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS